



EVA PERÓN

EVA PERÓN

† 26 DE JULIO DE 1952

En el momento de aparecer este número de Universidad, el pueblo argentino se encuentra aún bajo la profunda impresión del duelo provocado en su espíritu por el fallecimiento de doña Eva Perón. No hay precedentes de una consternación parecida. Nadie, puede afirmarse que ni aún los sectores de la opinión adversaria, ha podido sustraerse a este dolor tan grande, tan sugestivo, tan auténtico, que embarga a la nación entera. Más que la vida tronchada en plena juventud; más que el agotamiento inesperado de una imponente fuerza, rodeada de todos los atributos de la belleza que sólo Dios concede, y del poder democrático, que es premio que reservan los pueblos a sus intérpretes privilegiados; más que la gratitud enternecida, el sentimiento que ha conmovido de verdad a todas las almas argentinas, es el de la admiración a una obra y una fe sin precedentes en la vida pública universal. Porque parece un milagro la parábola recorrida por Eva Perón en su firme ascender hacia el cenit de la fama, no ya en su país, sino en el mundo entero, desde el lugar anónimo que ocupaba en la hora inicial de la revolución: milagro de energía, de

seguridad, de vuelo. Eva Perón no se hallaba reservada, como ocurre en las monarquías, por derecho de nacimiento, o por circunstancias de parecida índole, a las altas magistraturas del Estado. Venía de los hondos valles populares, en impremeditada voluntad de escala, «como un gorrión» decía ella, queriendo tocar el sol, desde las más empinadas cimas de la acción, no del gobierno. Soñaba con agitar desde allá la gran bandera de la redención total del pueblo argentino en una causa de significado ecuménico. Esta era su fe, su imperturbable y acrecentada fe. Y el milagro se cumplió tan magníficamente que ya no hay crónica de esta etapa excepcional de la historia argentina, que pueda escribirse sin mencionar su nombre en la acepción de abanderada de los humildes y como sinónimo de los grandes anhelos de la nacionalidad, en sí misma y en el ámbito internacional. Le bastó identificarse con Perón, asimilarse a las vigiliias del conductor, plegarse a sus sueños, compartir sus duros trabajos, y creer. Porque Eva Perón, romántica en esencia, fué una creyente y más aún: una obstinada, una fanática de la revolución nacional, cuyo móvil se traduce en la libertad real, verídica, y en la vigencia leal de la justicia, para todos los argentinos, y para todos los sumergidos de la tierra.

Muchas palabras hermosas se han vertido a la vera de la memoria bienamada de Eva Perón, y puede asegurarse que a su respecto no se pronunciarán ya, en el futuro, los denuestos que provocan la lucha enconada y el egoísmo, aquellas negaciones acerca de las cuales ella misma escribió en «La razón de mi vida»:

«Por cada golpe me parecía morir y sin embargo a cada golpe me sentía nacer. Algo rudo, pero al mismo tiempo inefable fué aquel bautismo de dolor que me purificó de toda duda y de toda cobardía». Sobre esta existencia ancha y humana en el más alto grado imaginable, no se han escrito aún, sin embargo, las páginas definitivas.

Universidad adhiere al infinito duelo de la nación, colocando este número bajo la advocación augusta, y saluda a la heroica mujer de la epopeya de la Nueva Argentina, en su trance hacia la inmortalidad, con esta sola frase: ¡Salve sombra tutelar de los desposeídos y de los sedientos de amor y de justicia!.

